



www.loqueleo.com/ec

© 2013, Sara Bertrand

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-689-7

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Mayo 2015

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2017

Quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Imagen de portada: Shutterstock

Fotografías: Sara Bertrand

Fotografía página 111: Domingo Valdés

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

Sara Bertrand

Prohibida
su venta

© Santillana

Ejercicio de supervivencia

loqueleto

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana

Para mi madre, ella sabe por qué.



*Regreso porque entre tanto
se me olvida mucho.*

FRANCISCO HERNÁNDEZ



Hay que tener coraje para perder.

—Tan dramática que eres —dijeron, y en la mesa se escuchó la risa de los comensales. No aflojé:

—Cuesta perder, saborear la derrota.

Las risas fueron decayendo. Seguí:

—El sabor de la derrota es un gusto metálico y un sentimiento que lo tiñe todo. Ni siquiera te detienes a mirar lo que pasa alrededor tuyo, todo es tan lejano... y no es que no te importe, sino que vives en un tiempo sin tiempo, como si permanecieras en la pieza de un hospital con aire climatizado y luz artificial. Un outsider. Cuando finalmente cedés ante el desastre, cuando —para ponerlo en palabras dramáticas, como dicen— caes de rodillas y miras hacia ninguna parte para implorar «por qué a mí», dejás de pelear. Aun cuando lo que te espera sea peor que lo que estás viviendo. Pareciera que te rendiste y atraviezas lo más duro, pero —no lo sabes en ese momento— comienzas a rehabilitarte. Como si la belleza y la fealdad fueran una misma cosa. Como si ganar y perder formaran parte del mismo proceso.

En la mesa pesaba el silencio.

Decidí entonces que era el momento de contarles lo que había pasado.

* * *

El año en que salí del colegio, como ustedes saben, no entré a la universidad. Eso por supuesto que no estaba entre mis planes. No pude dar la PSU porque dos semanas antes me invitaron a un asado fuera de Santiago. Pero no llegué. Choqué. Literalmente, casi me mato.

12

Un camión perdió el control en una curva y se fue directo hacia mí. Recuerdo algunas cosas: sé que quise cambiar la música del Ipod, sé que me miré en el espejo y supe que Álvaro iba a volver conmigo; que anhelaba entrar a la universidad, que intuía una libertad próxima. La sensación de que, en adelante, sería plenamente yo.

Después, el camión viniéndose encima a una velocidad aterradora. No pensé que me iba a morir ni vi pasar mi vida en tres segundos. Nada. Intenté esquivarlo dando vueltas al volante en ciento ochenta grados. El camión me pasó por arriba.

Lo demás lo recuerdo como en un sueño: voces, el tufo a neumático quemado, el miedo a que el auto estallara, creo que incluso grité que el auto iba a explotar. La sirena de los bomberos. Una sierra. Más voces. El crujir de los fierros. La hoja metálica recortada en el horizonte y una luz encandilante. El olor a bencina como un río de sangre en mis narices, o tal vez efectivamente corría sangre por mis narices. Luces como rayos cayendo aquí y luego allá. «¡Mi cuello!», grité, «cuidado». Otra sirena, más penetrante. La imagen de una cara frente a mis pupilas. Una boca gruesa

moviéndose muda. Otra luz que me dejó ciega. Esa boca hablándome directo a los ojos. Preocupación. Preguntas. Intenté contestar y sé que mi voz sonó, recuerdo que la escuché, algo ininteligible dicho en gruñidos.

Luego, un corredor larguísimo y el sonido de unas ruedas pequeñas sobre baldosas discontinuas. La camilla atascada y el grito desaforado de los hombres que la conducían. «Ayuda», balbuceé. Llegaron otros. Muchas voces. Puertas que se abrieron como imantadas. El sonido de miles de utensilios sobre una mesa de metal... Quise estirar una mano, palpar algo, alguien, y entonces percibí un cosquilleo en el brazo, helado al principio, reconfortante después.

—¿Qué tienen? ¿Qué hacen? —pregunté, pero me costaba mover la lengua.

No sentí dolor, de hecho, no me dolía absolutamente nada.

Recuerdo una mascarilla que intenté zafar y un olor a desinfectante que me mareó.

—¿Por qué? —murmuré, pero una luz blanca como el sol recién amanecido me golpeó en la cara. Por fin daba con una puerta hacia la calle y dije:

—¡Vamos! —pero no había nadie conmigo.

Corrí hacia la luz. Luego, todo se oscureció.

* * *

Desperté varios días después en la Unidad de Tratamientos Intensivos. La primera cara que reconocí fue la de mi papá mirándome con ojos llorosos. A su lado, mi mamá. Me apretó la mano y dijo:

13

—¡Gracias a Dios! —y también se puso a llorar.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Chocaste —contestó mi mamá.

Mi papá no hacía más que mover su cabeza derecha-izquierda, derecha-izquierda, con un puchero en la boca.

—¿Estoy bien? —quise saber.

—Vas a estar, vas a estar... —repitió mi mamá.

Los miré con desconsuelo. Ninguno de los dos parecía seguro de que fuera cierto. Mi mamá me dio muchos besos en la mano; entonces, descubrí que esa mano no era realmente mi mano sino un globo inflado y que sus labios eran una cosquilla lejana, apenas perceptible. Quise mover el cuello para observar de cerca la hinchazón, pero estaba inmovilizada por los vendajes. Algo andaba mal.

—¿Qué tengo?

El silencio se prolongó más de lo necesario.

—¿Me voy a recuperar?

—Vas a estar bien —insistió mi mamá, y desconfió.

Temí lo peor.

—Tuviste un accidente... —empezó a decir mi papá, y me fijé en que su puchero se transformaba en un movimiento rápido de olas—, un camión...

—Me acuerdo —lo interrumpí—, quiero saber qué pasó conmigo —sentí la garganta apretada y una sensación de mareo y frío.

«Angustia». Así describió los síntomas la psicóloga con quien conversé unos días más tarde: lo que tenía atascado en la garganta era angustia. Pero entonces, mientras mi mamá me sujetaba la mano y mi papá hacía pucheros, pensé que me ahogaba y grité:

—¡Me ahogo!

No sé de dónde apareció una escuadrilla de enfermeras que me tomaron el pulso, colocaron un termómetro en mi boca y me revisaron las pupilas. Cuando pretendieron que mis padres salieran de la habitación, les pedí que no.

—Más tarde —dijeron ellas.

Mi padre se enderezó y roncó:

—¡Déjenla en paz!

A regañadientes, las mujeres salieron de la pieza y él volvió a sus pucheros. Mi mamá fue breve:

—Te rompiste las dos piernas, te quebraste cinco costillas, una de ellas te perforó un pulmón...

—¿Voy a poder caminar? —la frené.

—Por supuesto —se apuró en decir y suspiró.

Poco a poco, el mundo comenzó a enrarecerse. No pregunté nada más. El nudo en la garganta se tradujo en lágrimas que me salieron a pesar de tener los ojos cerrados. Mi mamá dijo:

—Trata de descansar, Laura, necesitas recuperarte.

Y recordé a mi abuela: «La *politesse*, niños, la *politesse*¹». Le gustaba hablar en francés a mi abuela y era enemiga de las lágrimas. A mí me costaba llorar enfrente de mis padres. Escondí la cara. Seguí llorando con los ojos cerrados. Quería que me dejaran sola, pero no dije nada. Supongo que me atajó la *politesse*.

* * *

1 La educación niños, la educación.

La pregunta acerca del qué iba a ser de mi vida ni siquiera me la planteé. Pensé: qué son un par de huesos quebrados, y me convencí de que sería cosa de unos días, máximo una semana y continuaría mi vida. No imaginé que el accidente implicaría un cambio radical. Aunque si en ese momento hubiese sabido lo que se me vendría encima después del accidente, sinceramente, habría preferido quedarme en la 542 de la clínica y no dar la cara.

16

Cuesta vivir bajo la sombra de los anhelos, un camino imposible para mí entonces. Quizás si me hubiese resignado a no esperar. Pero. Esperaba, yo siempre esperaba.

El accidente me impidió estudiar Letras en la universidad. Quedé fuera. Aunque nada de eso lo sabía el día que desperté en la clínica. Ese día lloré por mis huesos rotos, por haberme perdido el asado en la casa de la Cata, porque mis amigas partirían de vacaciones. Lloré porque Álvaro me vería con la cara color violeta. Porque no me pondría bikini, pese a que llevaba meses a dieta. Lloré por cosas tontas y transitorias. Lloré por lo fugaz.



Ricardo

18 Una mole de seis mil kilos me aplastó y lo resentí cuando abrí los ojos. Entonces vi la cara al dolor. Me había roto la tibia de la pierna derecha, que desapareció astillada junto a mi rótula, por lo que tendrían que injertarme una nueva. No me percaté de que hablábamos de la rodilla de un muerto hasta mucho después; mientras tanto, me estabilizaron gracias a un aparato de pernos y fierros que colocaron atravesándome la carne. Suena asqueroso y lo era. Las visitas más osadas miraron a través de las vendas; la mayoría prefirió pasar. Todavía era un juego para mí, todavía estaba anestesiada.

La pierna izquierda pintó mejor: una quebradura de seis centímetros en el fémur, fácil de reparar. El brazo derecho, en cambio, se rompió con exposición de hueso; esto es, un pedazo del húmero se asomó a la altura del músculo, por eso mi mano fue un globo inflado durante mucho rato.

A esto debí sumar los dolores de cabeza que me provocó el golpe contra el techo. Me volé buena parte del pelo y tenía un moretón que me fue bajando por la cara hasta pintarme la piel de todos los colores. Era el rostro de mi propia desgracia, y no quería que me vieran.

En la clínica tuve noches en cámara lenta, sueños conciliados a medias, enfermeras impacientes que aparecían con una píldora que me ponían en la boca y que escupía por acto reflejo y que volvían a meter por la fuerza hasta que la tragaba entre arcadas. Luego, caía rendida. No por mucho rato. Una hora o dos, máximo. Y otra vez la enfermera y otra vez me tomaban la temperatura, otra vez me escuchaban los latidos y peleaban por retener esa píldora que yo escupía.

No recuerdo sueños tranquilos. El doctor dijo que se debía a «dolores fantasmas». Dicho de otra manera: malestares alojados en el subconsciente como registro fotográfico del impacto. Mi cuerpo no era consciente del quiebre ni del sonido de mi propio quiebre y lo reproducía en la noche. O algo así.

—¡Por favor! ¡Por favor! —imploraba a las enfermeras que me dieran algo más fuerte y me hiciera dormir de corrido, pero ellas se negaban en susurros, reunidas como abejas para zumbar en mi contra.

Los dolores me acompañaron durante toda mi estancia en la clínica. Poco más de un mes; cuarenta y cinco días, para ser exacta. Sí, Navidad y Año Nuevo en bandejas de plástico y vasos con píldoras. Terminé odiando esa comida sin sabor y a esos doctores que contestaban con evasivas. Odié que no me dejaran sola, que me miraran con desconfianza. Odié que dijeran que entendería cuando fuera «mayor» y que vería las cosas desde otra perspectiva. ¿Cuán mayor se necesitaba ser para entender? Y por otra parte, ¿qué era lo que tenía que entender? ¿Que había chocado, que me habían rasurado la cabeza y clavado unos pernos en la pierna de lado a lado, que no

podría moverme sin ayuda, que quizás cuánto tardaría en cicatrizar esa tremenda herida que tenía en el brazo y en la cabeza? No, no entendía qué era lo que no podía comprender a los diecisiete (casi dieciocho) años. Y es que hay algo condescendiente en el trato a los pacientes, algo poco serio. ¿Quiere una lechecita? ¿Le pongo una almohadita? ¿Va a dormir un ratito? Me enfermaba. Las clínicas enferman.

20 Aunque, sin duda, lo que más odié fue mi propia invalidez, la incapacidad de moverme por mí misma y lo que esa situación me generaba, pues ni siquiera podía ir al baño sola. Y la silla de ruedas, que en algún momento imaginé como redentora, fue otro tránsito difícil. La torpeza con que la manejaba me supuso horas de sudor. Así es que la famosa «alta médica» se transformó en el Santo Grial, la promesa de salir de ese ambiente aséptico y volver a mi casa.

* * *

El verano se me hizo eterno. Quizás lo único que me salvó fue conocer a Ricardo.

No, no tuve un flirteo con él ni nada parecido, nos conocimos en las sesiones del grupo de pacientes en proceso de trasplante traumatológico (GPPTT). Fue cuando me enteré de que necesitaría un donante. Un muerto. Es el tipo de noticias que se recibe con sentimientos encontrados. Es decir, ¿cómo se espera algo que se necesita pero que no se quiere? Necesitaba una rodilla, una tibia, pero, ¿de un muerto? ¿Cómo prepararse para algo así?

En las primeras sesiones me instalé en un rincón

apartado y miré a todos con cara de odio. No tenía escapatoria, las reuniones del GPPTT eran requisito para acceder al trasplante.

Mi mamá me llevó a la primera reunión. Todavía tenía la cara morada y usaba camisa de dormir y bata. La retuvieron en la puerta:

—Solo pacientes —dijo la mujer de la entrada.

Mi vieja la miró con furia. Okey, dije yo. Con alivio —debo admitir—, porque entonces mi mamá se había vuelto muy aprensiva, aparte de llorona, y de solo imaginarla contando su versión sobre «lo ocurrido» me daban ganas de vomitar.

—Llámame cuando termines —me pidió ella.

—Yaaa —era vergonzoso ver a mi mamá haciendo de mamá.

—Recuerda: no hagas demasiada fuerza —me aleccionó.

—Vaya tranquila, señora, nosotros la ayudaremos —insistió la mujer, pero mi mamá ni siquiera la miró.

—Relájate, mamá —quise calmarla, pero no se iba a relajar. El camión le quitó esa posibilidad durante mucho tiempo.

Entré batiéndomelas como pude para controlar las ruedas de mi silla que giraban sin ton ni son. Éramos siete personas. Siete cuerpos carentes: una tibia, una rótula, un húmero, a todos nos faltaba algo. Una psicóloga con cara de quierosertuamiga nos recibió apretujándonos las manos. Pensé que iba a llorar (ella, no yo). Nos invitó a sentarnos en semicírculo y dijo que los golpes hacían crecer, que íbamos a madurar, que saldríamos de ese trance convertidos en mejores personas, porque en todo

lo malo había algo bueno. Un montón de clichés, nada nuevo. Luego, con la misma cara de amiga, nos instó a presentarnos. Como veterano de esas lides, Ricardo fue el primero en hablar. Dijo que era deportista —o que había sido, aclaró— y llevaba más de un año aporreado por su rodilla. Levanté la vista. Ricardo se arremangó el pantalón: una protuberancia roja del porte de un melón coronaba su pierna.

22 Su caso era complejo, pues de resultar lo que proponía su médico, debía someterse a un segundo trasplante. Pero él todavía sufría con estoicismo (eso no lo dijo, lo entendí después) los problemas que le había causado el primer trasplante, así es que quería amputarse la pierna desde la rodilla hacia abajo. Por esa razón su caso llegó a manos de la señora psicóloga con cara de empatía: la idea era hacerlo cambiar de opinión.

Él, por su parte, quería correr, esquiar, andar en moto y usar otra cantidad de aparatos sobre ruedas, pero la rodilla siempre se infectaba o inflamaba y, fuera por esto o lo otro, cada tres semanas estaba de vuelta en la clínica, vuelta a las radiografías, a sacarse el líquido que se acumulaba y ya ni siquiera podía apoyar la pierna.

Lo que más le mortificaba era su relación con el dolor. Nada calmaba los calambres que le atravesaban la pierna. Entonces se volvió adicto a la morfina. Tenía veintiocho años, pero hablaba como un anciano: «La vida con dolor, no vale la pena».

Cuando nos contó sobre las ventajas que imaginaba al amputarse, salté:

—¿Qué? —casi grité. De todos los escenarios posibles, nunca pensé que alguien querría cortarse media pierna.

Él sonrió, como si estuviera acostumbrado a que le ladraran.

—Créeme, es mi mejor opción —dijo, y todos suspiramos un «ohhh».

Entonces, una niña que estaba frente a nosotros preguntó:

—¿Eso pasa mucho con los trasplantes?

Nos volteamos a mirar a la señora psicóloga. Ella respondió compungida:

—Lamentablemente, ocurre. Varía de caso en caso, pero ocurre.

Mi madre me esperaba afuera cuando salí. Tomó la silla y me alejó tan apurada que no pude despedirme de nadie. Me llevó a la cafetería y yo seguía en bata y pantuflas. Como si quisiera quitarme un chicle que se me hubiese pegado en la piel, me sobó las manos y me acarició el pelo.

—Estoy bien —le dije.

Ella no contestó y siguió sobándome mucho rato. A veces los padres necesitan de uno, por lo que me dejé abrazar como peluche.

Durante ese tiempo mis papás nunca se mostraron más cariñosos. Y preocupados. Pero los odié. Quizás ni siquiera tuvo que ver con el accidente o con la torpeza de mis piernas rotas, sino con la vida que habíamos construido juntos. Era hija única de un matrimonio de profesionales que trabajaban muchas horas fuera de casa y la independencia con la que crecí se vio restringida al ciento por ciento durante esos meses. Ustedes saben, en mi casa me mandaba sola, me cocinaba y comía lo que

se me diera la gana e invitaba a las amigas que quería; y ahora —de repente— se turnaban para acompañarme. Se sentaban en mi pieza y me miraban con cara de «¿y sobre qué vamos a conversar?». Con mi mamá se producían silencios incómodos; la verdad es que nunca tuvimos demasiados temas en común, somos de gustos tan diferentes... pero ahí estaba, dispuesta a recuperar ese tiempo en el que crecí sola, los años que prescindí de su ayuda. Ya era tarde. Y no, no me interesaba ver la película que había arrendado camino a casa ni quería comentar el libro que estaba leyendo. Me sofocaba.

Y luego, para mi pesar, llegaban mis primas con el color fascinante del verano y mis ojeras eran kilométricas. Se quedaban mirándome sin saber qué decir. Después de un rato, preguntaban con cara de asco:

—¿Estás bien?

—Tal como me ven —respondía, y la cicatriz que tenía en la cabeza hablaba por sí sola. Digo, era suficientemente vistosa como para producir arcadas, incluso sin necesidad de asomarse al encatrado de mi pierna.

Decididamente, Ricardo me salvó el verano.

Me he preguntado mucho por qué me gusta un hombre y no otro. Me pasó con Álvaro, cuando lo conocí en el cumpleaños de la Ale, ¿se acuerdan? Fui con Gonzalo, lo pasábamos bien juntos. Aunque, tal vez, yo lo pasaba mejor que Gonzalo, quien tenía la idea de que seríamos algo más. Lo sé, no era guapo. Tenía ojos saltones y una cara demasiado larga para su porte, pero era entretenido. A veces se ponía hostigoso y comenzaba con que me gustas, dame un beso, por qué no pololeamos, y yo corriéndome con que estamos bien, para qué pololear y complicarnos si somos buenos amigos, pero él volviendo con el mismo tema, acercándose disimuladamente a un extremo de mis labios y, a regañadientes, me robaba un beso.

La cosa terminó mal. Cuando me involucré con Álvaro, Gonzalo se enojó. Quise aclararle que nunca esperé otra cosa de él, que siempre lo miré como amigo. No escuchó. Apareció por mi casa con cara de insultos que no dijo y se llevó todas y cada una de las cosas que me había prestado o regalado. Se llevó incluso una camisa floreada que me compré en Patronato una vez que fuimos juntos. Es mía, alegué. No me hizo caso; de alguna manera, considero que nuestra historia le pertenecía.